

**ALACIP, 2022**

**LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA EN TIEMPOS DE PANDEMIA**

**RICARDO ESPINOZA TOLEDO**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA – I  
MÉXICO**

Trabajo preparado para su presentación en el XI Congreso Latinoamericano de Ciencia Política (ALACIP), organizado conjuntamente por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política y la Asociación Chilena de Ciencia Política, Santiago, Chile, 21, 22 y 23 de julio 2022,

**Mesa 135. ELPE**

**Resumen**

Muchas personas descontentas con la reacción de su país frente a la pandemia culpan no solo a su Gobierno, sino a la democracia misma. Consideran que los líderes políticos deben demostrar que la democracia ‘todavía funciona’, lo que significa cumplir el deber de proteger a las personas de la peor pandemia del último siglo.

En la actualidad, mucha gente ha perdido la confianza en sus líderes. Frente a los crecientes riesgos y al fracaso colectivo para solucionar los problemas, se buscan culpables. El asunto es más complejo. En el fondo del fracaso para anticipar y gestionar los riesgos mundiales reside un problema de gobernanza, entendida con base en los objetivos que persiguen los gobiernos.

La profundización de las desigualdades sociales, la pandemia, la crisis económica, el cambio climático y la mala regulación de las tecnologías, muestra que muchas instituciones y sus líderes ya no son adecuados para el cumplimiento de esos objetivos. La erosión gradual del sistema institucional ha conducido a la degradación de la gobernanza mundial, un proceso en el cual las democracias fueron desmanteladas lentamente por las élites. De ahí la necesidad de darle nuevos contenidos y objetivos a la representación política.

## **La representación política en tiempos de pandemia**

**Ricardo Espinoza Toledo**  
**Universidad Autónoma Metropolitana – I**  
**México**

### **Introducción**

Una de las cuestiones más recurrentes ha sido preguntarse qué pasa en América Latina, con buenas razones para ello. Con la pandemia y aún antes de la Covid-19, esa preocupación se extendió a Europa occidental y a Estados Unidos de Norteamérica, donde la representación política fue duramente confrontada por organizaciones sociales y políticas emergentes. Uno de los resortes principales de esa acción fue el deterioro progresivo de las condiciones materiales de existencia.

¿Por qué fracasó la promesa de progreso general que justificaba el neoliberalismo y qué papel desempeñó el sistema de representación política en el deterioro de los derechos civiles y sociales?

La pandemia ha tenido un elevado costo humano y económico. Han muerto más personas de Covid-19 que en las guerras mundiales. Otras más han visto su medio de vida en peligro. Muchas personas descontentas con la reacción de su país frente a la pandemia culpan no solo a su Gobierno, sino a la democracia misma. Consideran que los líderes políticos deben demostrar que la democracia 'todavía funciona', lo que significa cumplir el deber de proteger a las personas de la peor pandemia del último siglo.

La pandemia aceleró el ritmo de los cambios, modificó y destruyó formas de vida, profundizó las desigualdades y produjo otras, pero también generó poder entre amplios sectores que tuvieron acceso a información y a comunicación, que les permite movilizarse en defensa de sus intereses. En todo el mundo, la cobertura de los medios de comunicación ha sido intensa, además de que el doble carácter sanitario y económico de la crisis pone la atención en un conjunto de asuntos y de representantes políticos más amplio que en tiempos normales.

En la actualidad, mucha gente ha perdido la confianza en sus líderes. Frente a los crecientes riesgos y al fracaso colectivo para solucionar los problemas, se buscan culpables. Hay quienes señalan a los líderes políticos, otros culpan a los ejecutivos de empresas y una minoría percibe una conspiración de las élites detrás del pesimismo actual. El asunto es más complicado. En el fondo del fracaso para anticipar y gestionar los riesgos mundiales reside un problema de gobernanza, entendida a partir de los objetivos que persiguen los gobiernos.

La profundización de las desigualdades sociales, la pandemia y demás enfermedades infecciosas, la crisis económica, el cambio climático y la mala

regulación de las tecnologías, muestra que muchas instituciones y sus líderes ya no son adecuados para el cumplimiento de esos objetivos. La erosión gradual del sistema institucional ha conducido a la degradación de la gobernanza mundial, un proceso en el cual las democracias fueron desmanteladas lentamente por las élites, atropello tras atropello.

Estados Unidos de América y Europa occidental padecen los efectos negativos de años de privatización y comercialización, que han generado mayor dependencia de recursos y productos de empresas privadas. Electricidad, gasolinas, gas, han visto disparar sus precios, a capricho de las empresas, al grado de convertirse en una muy pesada carga en el presupuesto de las familias, imposible de cubrir para muchas de ellas. Eso sin contar el problema de escasez, agudizado por la guerra en la región que genera alrededor del cincuenta por ciento de gas, gasolina y granos que se consumen en Europa.

Lo que se impuso por neoliberalismo durante los últimos 30 años es un liberalismo económico unidimensional, un fundamentalismo de mercado dogmático que tenía muy poca aceptación en la realidad de las personas. Un efecto de la globalización ha sido fortalecer el poder del capital en relación con el trabajo organizado dentro de las economías desarrolladas. Se han establecido monopolios a una escala sin precedentes, en detrimento de un mercado verdaderamente competitivo. La ausencia de mercados debidamente regulados es otro límite a la libertad, causada por el credo neoliberal, aunque sea una contradicción.

Por eso se cuestiona un sistema de representación política que estableció la doctrina neoliberal como programa de gobierno. El orden económico imperante fue la consecuencia de decisiones políticas explícitas tomadas por gobiernos representativos, y las economías en crisis han afectado a las democracias establecidas. Por ello, en la era del conservadurismo, las fallas del proyecto neoliberal han sido también las del sistema de gobierno representativo.

En las últimas décadas, el liberalismo ha estado demasiado seducido por el dinero y ha sido muy indulgente con el poder privado a expensas del poder público. Ahora encontramos políticos que necesitan dinero para luchar contra las elecciones y contra las consultas populares, funcionarios públicos que buscan trabajo después de la jubilación anticipada y Organizaciones No Gubernamentales que adulan a los ricos de este mundo.

El modelo de gobernanza neoliberal afirmaba la supremacía de la riqueza material, el capitalismo de los accionistas y la financiarización mundial progresiva. Esa nueva clase gerencial, responsable sólo ante los accionistas, era absoluta, y tenía un alcance mundial. A pesar de que la crisis financiera mundial del 2008 deslegitimó esta forma de gobernanza, su visión siguió prevaleciendo hasta el brote de la pandemia de Covid-19, y se ha mantenido. Esa vieja mentalidad empieza a ser confrontada, no obstante. Si bien las finanzas, la economía y los negocios siguen siendo de vital importancia, deben estar al servicio de la sociedad y la naturaleza, y no al revés, como se impuso.

### *1 América Latina: el freno a la intervención del Estado*

El liberalismo económico como programa de gobierno se corresponde con la instauración de un nuevo bloque de poder político que diversos autores caracterizan como oligarquías. En las democracias desarrolladas, ese proceso fue posible por la derrota de los sindicatos de industria y de los partidos socialdemócratas. Ese espacio fue llenado mediante la asociación del poder político con el económico y la consecuente “puerta giratoria” que unió negocios privados y recursos públicos.

En América Latina, países de democracia débil, con bajo desarrollo económico y, tradicionalmente, con alta concentración de la riqueza en pocas manos, inflación y alta corrupción, el problema, se sostenía, era el intervencionismo del Estado. Carlos Saúl Menem en Argentina, Carlos Salinas de Gortari en México, Alberto Fujimori en Perú, Fernando Henrique Cardoso en Brasil y Pinochet en Chile, adoptaron políticas de estabilización económica, así como políticas de apertura o de mercado, -las del Consenso de Washington-, con el objetivo de frenar la inflación e impulsar el desarrollo económico. Las reformas, concebidas como un ataque a la intervención del Estado (Torre, 1997), no tuvieron el éxito ofrecido.

El eje del programa era la privatización de los recursos públicos para quitar al Estado la rectoría económica. Disminuyeron los compromisos fiscales de las empresas y removieron los arreglos corporativistas con el propósito de desvincular la gestión del Estado de las presiones políticas y poder utilizarlo para abrir paso a un nuevo patrón de desarrollo centrado en el liderazgo de la inversión privada y el mercado. Pero los sectores económicos y sociales que habían crecido bajo el cobijo del Estado se enfrentaron a los vaivenes tanto del mercado interno como de la competencia internacional, sin capacidad para afrontarla. Vino entonces el cierre de empresas, el aumento del desempleo, la precarización de las condiciones de trabajo y el deterioro de los bienes y servicios públicos.

La política de privatizaciones y las reglas de una economía más abierta crearon nuevos espacios de acumulación y crecimiento bajo el liderazgo de grandes empresas locales y extranjeras que, gracias a los cambios producidos en las prácticas organizacionales, la acelerada integración de redes de producción, comercialización y de transferencia de tecnología, se convirtieron en los pilares de la economía. No obstante, América Latina siguió confinada a la producción de materias primas, con bajo crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB, que para 2019 fue del 1% en promedio) y mayores índices de desigualdad. Mientras en 1990 el 10% de la población más rica recibía 25 veces más que el 10% de la población más pobre, para 1999 aumentó a 27. Según datos de la CEPAL, en 2019 más el 50% de la población latinoamericana se ubicaba entre los estratos de pobreza y pobreza extrema, y la concentración de la riqueza estaba en el 3% de la población.

Las políticas de liberalización comercial favorecieron las exportaciones, pero no promovieron el avance tecnológico; abrieron la puerta a la inversión extranjera

directa, pero con ventajas fiscales sobre sus competidores nacionales, que crearon desigualdades entre las plantas productivas nacionales y extranjeras.

Apalancados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), los gobernantes latinoamericanos tenían la tarea de eliminar la intervención económica del Estado y destruir las relaciones directas entre el Estado y la sociedad por medio de la privatización de las empresas estatales, la liberalización hacia los mercados internacionales, la apertura a las industrias transnacionales y la transformación de las relaciones laborales. La consecuente pérdida de derechos laborales y el debilitamiento de las políticas del estado de bienestar se hicieron acompañar de la erosión de otros mecanismos de cohesión social, como las organizaciones sindicales, las organizaciones independientes de profesionistas, las organizaciones burocráticas y las organizaciones campesinas.

Las privatizaciones hicieron que muchas empresas obtuvieron beneficios estatales que les aseguraba mercados cautivos por lo que muchas de ellas se constituyeron en monopolios privados, como las empresas telefónicas, de televisión, las industrias extractivas y sobre todo las petroleras. Aun así, no todas lograron ser eficientes económicamente o fueron incapaces de incorporarse al mercado internacional y limitaron los derechos laborales. Ese libre mercado, a su vez, erosionó el desempeño de las instituciones estatales, de los partidos, los parlamentos y de casi todas las instituciones gubernamentales.

Seducidos por la destrucción institucional que prometía conducir al crecimiento acelerado, la liberalización económica y sus prerequisites políticos se interpretaron como parte del proceso de democratización. El centro de la disputa política fue la instrumentación de normas y mecanismos electorales, pero, como hemos explicado, sin que existieran las condiciones sociales y económicas necesarias para su consolidación.

## *2 El modelo de gobernanza como problema*

Con el debilitamiento del sindicalismo y de los partidos socialdemócratas, en Europa y Estados Unidos de Norteamérica surgió un modelo de gobernanza fundado en la supremacía de la riqueza material que coincidió con el ascenso del “capitalismo de los accionistas” y la financierización mundial progresiva. Esta nueva clase gerencial, responsable sólo ante los accionistas, era muy poderosa. Si bien la crisis financiera mundial del 2008 la deslegitimó, siguió prevaleciendo hasta el brote de la pandemia de Covid-19 (Schwab. 17 de enero de 2022).

El impacto social y económico producido por la Covid-19, obligó a que la gestión de las crisis dominara la toma de decisiones y a que los líderes se centraran en el pensamiento operativo. Este enfoque inevitablemente cortoplacista llevó una gestión poco coherente de la pandemia y sus secuelas socioeconómicas y a desatender las consecuencias no buscadas.

En la actualidad, la cuarta revolución industrial, el cambio climático y los intereses geopolíticos están trastocando todos los sectores industriales y centros de poder.

La tecnología de cadenas de bloques está reemplazando a las organizaciones centralizadas y jerárquicas con entidades descentralizadas y autónomas, mientras las desigualdades sociales, económicas y digitales aumentan.

Un nuevo tipo de liderazgo se requiere en la sociedad de la información, donde el poder y la gestión van dejando de ser jerárquicos y centralizados y los avances tecnológicos y económicos benefician a pocos. El nuevo modelo de gobernanza requiere que los líderes acepten la responsabilidad de las partes interesadas, en vez de la responsabilidad de los accionistas, entendida como la adopción de una mirada más social de la responsabilidad de los líderes.

### *3 El libre comercio mundial enriqueció más a los ricos*

Tres décadas atrás, cuando terminó la Guerra Fría, la globalización parecía algo prometedor, pero al concentrar más las ganancias, empezó a debilitarse. Por décadas, el flujo libre del comercio mundial permitió a las naciones ricas mantener un acceso fácil a bienes y servicios a bajo precio. Les garantizó economías sólidas y mercados estables. También generó una era de inflación muy baja en Estados Unidos y Europa. Ese sistema parece insostenible (Wiseman. 31 de marzo de 2022). Los precios, que ya venían en alza antes de la pandemia del coronavirus, siguen subiendo. Las cadenas de suministro, también afectadas por la pandemia, enfrentan nuevas presiones. Y la invasión rusa de Ucrania puede ser el golpe final a esa forma de mundialización.

La globalización empujó el resurgimiento del nacionalismo. Aunque indudablemente generó grandes beneficios, el proyecto de globalización posterior a la Guerra Fría, también creó las condiciones para el resurgimiento del nacionalismo en todo el mundo. En dirección inversa a la globalización, el nacionalismo ha vuelto y está jugando un papel central en la política global. La tendencia no se limita a Estados Unidos o Francia, donde el expresidente Donald Trump y la líder de la Agrupación Nacional de extrema derecha, Marine Le Pen, respectivamente, lideran nuevas coaliciones nacionalistas. El nacionalismo también está presente en Hungría, India, Turquía y muchos otros países.

Hay al menos tres factores que alimentan el nuevo nacionalismo. Primero, muchos de los países afectados tienen agravios históricos. En segundo lugar, la globalización aumentó las tensiones preexistentes. No solo profundizó las desigualdades en muchos países, a menudo de manera injusta, enriqueciendo a aquellos con conexiones políticas; también erosionó antiguas tradiciones y normas sociales. En tercer lugar, en relación con China, Rusia y los otros países mencionados, los líderes políticos se han vuelto cada vez más hábiles y sin escrúpulos para explotar el nacionalismo al servicio de sus propias agendas, promoviendo el antiliberalismo mayoritario y tomando medidas enérgicas contra los medios independientes, los líderes de la oposición y los disidentes (Acemoglu. 26 de junio de 2022).

El nacionalismo actual es también una reacción que se refuerza a sí misma frente al proyecto de globalización posterior a la Guerra Fría. La esperanza era que el

comercio y la comunicación globales condujeran a la convergencia cultural e institucional. Y a medida que el comercio se volviera más importante, la diplomacia occidental se volvería más potente, porque los países en desarrollo temerían perder el acceso a los mercados y las finanzas estadounidenses y europeos. No ha funcionado así.

*La globalización se organizó de manera que generó grandes ganancias inesperadas para los países en desarrollo que podían reorientar sus economías hacia las exportaciones industriales y al mismo tiempo mantener bajos los salarios (el ingrediente secreto del ascenso de China) y para las economías emergentes ricas en petróleo y gas. Pero estas mismas tendencias han empoderado a líderes nacionalistas carismáticos (Acemoglu. 26 de junio de 2022).*

Pero aún más relevante ha sido la dimensión ideológica. Debido a que la diplomacia occidental se ha visto cada vez más como una forma de intromisión, los esfuerzos para defender los derechos humanos, la libertad de prensa o la democracia en muchos países han resultado ineficaces o contraproducentes.

Por ello, esta era de nacionalismo emergente debe replantear la organización de los procesos de globalización económica. El comercio abierto puede ser beneficioso tanto para las economías en desarrollo como para las desarrolladas. Pero mientras el comercio ha reducido los precios para los consumidores occidentales, también ha multiplicado las desigualdades y ha enriquecido a los oligarcas en todo el mundo. El capital, más que el trabajo, ha sido el principal beneficiario, por salarios artificialmente bajos y por normas laborales inaceptables en los mercados emergentes.

Los líderes occidentales deben reconocer que ganarán más credibilidad en los asuntos internacionales si admiten la mala conducta pasada de sus propios países durante la era colonial y la Guerra Fría (Acemoglu. 26 de junio de 2022).

La globalización generó mayores desigualdades y desintegró a la sociedad. La pandemia de Covid-19 y la guerra de Rusia contra Ucrania han relegado a los mercados globales a un papel secundario y, en el mejor de los casos, de apoyo detrás de los objetivos nacionales, en particular, la salud pública y la seguridad nacional (Rodrik. 10 de mayo de 2022).

La globalización se derrumbó bajo sus múltiples contradicciones. Primero, hubo una tensión entre las ganancias de la especialización y las ganancias de la diversificación productiva. El resultado fue el conflicto entre las políticas intervencionistas de las economías más exitosas, en particular China, y los principios "liberales" consagrados en el sistema de comercio mundial. La otra cara inevitable de las ganancias del comercio, en segundo lugar, fue la redistribución del ingreso de los perdedores a los ganadores. Y a medida que se profundizó la globalización, la redistribución de los perdedores a los ganadores creció cada vez más en relación con las ganancias netas.

En tercer lugar, socavó la responsabilidad de los funcionarios públicos ante sus electores. A los llamados a revisar las reglas de la globalización respondieron que la globalización era inmutable e irresistible. En cuarto lugar, la lógica de suma cero de la seguridad nacional y la competencia geopolítica era la antítesis de la lógica de suma positiva de la cooperación económica internacional. Con el ascenso de China como rival geopolítico de Estados Unidos y la invasión rusa de Ucrania, la competencia estratégica (geopolítica) se ha reafirmado por encima de la economía. Bajo la globalización, los políticos invirtieron la lógica, con la economía global convirtiéndose en el fin y la sociedad doméstica en el medio. La integración internacional condujo entonces a la desintegración interna (Rodrik. 10 de mayo de 2022).

*4 Fisuras sociales y cambios en la política partidista han favorecido a las derechas*  
En EUA y en Francia, la resistencia contra el candidato más liberal ha favorecido a la extrema derecha. Donald Trump derrotó a Hillary Clinton en 2016 y Marine Le Pen podía haber ganado las elecciones presidenciales francesas, en marzo de 2022. Pero lo cierto es que el 41.5 % de los votantes eligió a Le Pen, una candidata que representa una variante profundamente reaccionaria, racista e iliberal de la política francesa. La popularidad de Trump y de Le Pen refleja fisuras sociales más profundas a causa de cambios en la política partidaria que comenzaron hace décadas.

En la década de 1980, con el debilitamiento de los sindicatos y la instauración del programa neoliberal, la izquierda socialista y socialdemócrata empezó a alejarse de los intereses económicos de clase para abrazar temas sociales y culturales como el antirracismo, la emancipación de género y sexual, y el multiculturalismo. Con el desarrollo de partidos “atrapa todo”, la izquierda ganó popularidad entre los votantes urbanos más educados y con una situación económica relativamente mejor, a muchos de quienes no les atraía la religión y se oponían a diversos tipos de conservadurismo social, como los prejuicios raciales, pero se fue desvinculando de la clase trabajadora industrial.

*El gran error de estas élites del ala izquierda fue suponer que la clase trabajadora, urbana o rural, compartiría naturalmente sus ideales sociales y culturales “progresistas”. De hecho, muchos de quienes se consideran parte de la clase trabajadora son conservadores. La religión prospera entre los pobres. A menudo se percibe a los inmigrantes como una amenaza para el empleo. Los derechos de los homosexuales no forman parte de sus principales preocupaciones. Y esto no solo ocurre entre los votantes blancos. En Estados Unidos muchos latinos, e incluso negros, ahora votan al Partido Republicano (Buruma. 4 de mayo de 2022).*

En la era del conservadurismo, en Occidente la agenda política neoliberal dejó de considerar la necesidad de equilibrar la economía de libre mercado con una redistribución moderada. Incluso el Partido Laborista del Reino Unido, bajo el mando de Tony Blair, y el Partido Demócrata estadounidense, con Bill Clinton, adoptaron esa agenda.

Aun cuando los votantes rurales y la clase urbana trabajadora -social y culturalmente conservadores- se sentían cada vez más alejados de los partidos de centroizquierda, no necesariamente se alinearon a los partidos de centroderecha, favorables a las empresas. Muchos votantes de la clase trabajadora se sintieron entonces abandonados tanto por la izquierda -que para ellos había dejado de representar sus intereses económicos y despreciaba sus actitudes sociales- como por la derecha, que se ocupaba de otros grupos sociales cuando llegaba al poder.

Dinamitadas las fuerzas moderadas de centroizquierda y centroderecha, Trump se apropió del Partido Republicano y lo convirtió en un culto personalista; Emmanuel Macron, en Francia, ocupó el centro político, y depende del voto de las personas educadas y de más edad que habitan en las grandes ciudades. Pero, la antigua clase trabajadora francesa apoya o al líder de extrema izquierda o a la extrema derecha. Los votantes rurales prefieren a la extrema derecha. Y los jóvenes están en la extrema izquierda o no votan (Buruma. 4 de mayo de 2022).

##### *5 Las deformaciones del libre mercado*

Con el fin del Estado de Bienestar y de la socialdemocracia, la política dejó de controlar la economía. A finales del siglo XX, los mercados libres se convirtieron en el objetivo a resguardar por los políticos. Por decisión de los gobiernos democráticos, la política quedó al servicio de libre mercado, sin influir en los resultados económicos y sin responder a las necesidades de los ciudadanos. En su lugar, la “puerta giratoria” aseguró dejar a cargo a una nueva oligarquía, integrada por entes privados y públicos.

Significa que el orden económico actual no fue el resultado de la dinámica ciega del capitalismo o los mercados, sino más bien la consecuencia de decisiones políticas deliberadas tomadas por los gobernantes. Los impulsores y beneficiarios más importantes de estas decisiones fueron las personas comunes, a través del voto, sostienen Iversen y Soskice (2019). De acuerdo con nuestros autores, el desarrollo de nuevas tecnologías de la información y la comunicación a finales del siglo XX hizo posible, mas no inevitable, un nuevo orden económico. Para que el capitalismo se transformara, fueron necesarias muchas reformas. Las economías basadas en el conocimiento requieren de innovación y toma de riesgos constantes, así como trabajadores con gran formación y flexibilidad. Estas, a su vez, se apoyan en políticas gubernamentales que fomentan la competencia, promueven nuevos productos financieros y amplían la educación superior.

Esas reformas conllevan cambios regulatorios e institucionales profundos, por lo que solo los Estados con altos niveles de capacidad y legitimidad pueden llevarlas a cabo, y es la razón por la que la transición a economías basadas en el conocimiento ocurrió antes y llegó más lejos en las democracias avanzadas. Los países de ingresos medios, con Estados débiles y, a menudo, no democráticos, son generalmente incapaces de implementar esas reformas. Y las dictaduras como la Unión Soviética, «que podría decirse que en los años 70 y 80 tenían la experiencia en computación científica centralizada como para evolucionar hacia una economía del conocimiento», también tienen dificultades para hacerlo, ya que

las reformas necesarias requieren que los líderes pierdan control político y económico.

Así como Polanyi sostenía que la transición al capitalismo no fue el resultado de la inevitable expansión de los mercados, sino más bien la consecuencia de decisiones políticas concretas, Iversen y Soskice argumentan que la transformación del capitalismo en el siglo XX fue el resultado de decisiones tomadas por gobiernos democráticamente elegidos y que capitalismo y democracia son mutuamente dependientes, ya que sin Estados fuertes y legítimos el capitalismo no podría reinventarse constantemente (Berman. Marzo de 2019).

La democracia no está solamente al servicio de empresas golondrina, porque realmente no tienen el enorme poder que se les atribuye, según Iversen y Soskice. A diferencia de las empresas cuya actividad involucra baja calificación, que pueden moverse geográficamente con facilidad, las empresas basadas en el conocimiento dependen de entornos regulatorios, financieros y educativos particulares, así como de trabajadores con buena formación que son difíciles de trasladar, especialmente a otros países. Este arraigo geográfico significa que, aunque las empresas basadas en el conocimiento “pueden ser poderosas en el mercado, tienen poco poder estructural, y la competencia las hace políticamente débiles”. Ahí entran en escena los políticos, a los que están asociados.

#### *La función decisiva de las oligarquías*

La transformación del capitalismo y las decisiones gubernamentales la impulsaron las oligarquías nacionales asociadas al capital.

Los políticos quieren ganar las elecciones y para hacerlo deben convencer a los ciudadanos de que respondan a sus intereses, especialmente a los que más probablemente votarán y participarán en política. Entonces, las “expansiones en la educación superior, la financiarización, la liberalización del comercio y la inversión extranjera directa, las metas de inflación y las fuertes reglas de competencia fueron finalmente instituidas o reforzadas”, debido al interés de los políticos de “responder a las demandas de la clase media para mejorar los niveles de vida” (Iversen y Soskice, 2019).

A medida que el capitalismo se transformó, también lo hicieron las clases y las relaciones entre ellas. Las empresas basadas en el conocimiento están altamente concentradas en áreas urbanas, donde se ubican empresas similares y trabajadores de elevada formación, y tienen lugares de trabajo altamente segregados que permiten poca mezcla entre la clase media y la clase obrera. Mientras tanto, los trabajadores poco calificados se han concentrado cada vez más en ocupaciones del sector de servicios de baja productividad. Así, el capitalismo avanzado produce una nueva clase media, cuyas experiencias e intereses de vida difieren enormemente de los de las antiguas clases medias y obreras. Y debido a que las nuevas clases medias están altamente concentradas en áreas urbanas particulares, los nuevos conflictos de clase han llevado a nuevos

conflictos geográficos, de las grandes ciudades contra las periferias, con consecuencias políticas profundas.

El arraigo en las ciudades cosmopolitas, la educación extensiva, los diversos contactos sociales, etc., hacen que la nueva clase media sea más progresista en lo social que las antiguas clases medias y bajas. Iversen y Soskice sostienen que “los progresistas en lo social y los populistas están arraigados en diferentes partes de la economía”; es incorrecto, por lo tanto, “separar sus valores de la realidad económica subyacente”. Estos autores rechazan la tendencia dominante en los análisis de la política, de centrarse en las actitudes sociales o en una “reacción cultural” cuando se trata de explicar los patrones de votación o las tendencias políticas contemporáneas.

Ahora bien, si su posición en la economía del conocimiento hace que los miembros de la nueva clase media sean progresistas en lo social, también puede hacerlos menos progresistas en lo económico, ya que ni sus intereses ni sus experiencias de vida tienen mayor contacto con los de las antiguas clases medias y bajas. En ello radica la razón principal por la cual la creciente desigualdad que acompaña la transformación del capitalismo no ha sido contrarrestada eficazmente por una mayor redistribución: la antigua clase media es hostil a los pobres y la clase media ascendente no está interesada en la difícil situación de la clase media en decadencia, de lo cual hay que culpar a la manera en que funciona el sistema democrático, no al poder político del capital (Iversen y Soskice, 2019).

#### *El problema es la brecha de intereses sociales*

La democracia tiene el poder de efectuar un cambio transformador. Puesto que son principalmente los votantes, particularmente los “ganadores” de la economía, y las coaliciones entre ellos, y no las empresas, quienes determinan qué hacen los gobiernos, el requisito previo para tal cambio es aumentar el apoyo de ellos y de las coaliciones a favor de la redistribución.

El punto es la movilidad social. La movilidad une los intereses de los miembros de diferentes clases: que quienes están en el extremo inferior puedan tener expectativas de ascenso para ellos o sus hijos, y los que están en el extremo superior no puedan estar seguros de que ellos o sus hijos no descenderán en la escala. En un mundo de alta movilidad, la “brecha de intereses” entre las clases disminuye y los mensajes de “cooperación entre clases” adquieren sentido. A la inversa, cuando hay poca movilidad social, las antiguas clases medias y bajas se vuelven susceptibles a los populistas que “atacan los símbolos de la nueva economía, una economía de la que ellas y sus hijos sienten” que han sido excluidos de forma permanente.

En otras palabras, el populismo prospera allí donde la democracia no brinda oportunidades para todos. Iversen y Soskice muestran que “donde hay pocas barreras a la buena educación y a la capacitación, los valores populistas son mucho menos predominantes”. También argumentan que existe una fuerte tendencia a que las personas menos capacitadas voten por los populistas. Ampliar

las oportunidades significa, sobre todo, ampliar el acceso y mejorar la calidad de la educación, ya que la educación determina si los “perdedores” y sus hijos tendrán la oportunidad de convertirse en “ganadores” mediante la adquisición de nuevas capacidades.

### 6 Cambios en la orientación política

Los países desarrollados del mundo occidental atraviesan una fuerte tormenta social y económica. Los que no forman parte de esa categoría, como los latinoamericanos, son aún más vulnerables. El aumento generalizado de precios y la escasez de productos de consumo básicos constituyen las mayores amenazas a la estabilidad social.

A causa de la pandemia de Covid-19, el impacto directo de la pérdida de puestos de trabajo en los ingresos de las personas se ha tratado de compensar, en la mayoría de los países desarrollados, con un apoyo gubernamental sin precedentes. En Estados Unidos, esta asistencia se ha proporcionado en forma de cheques enviados directamente a millones de familias. En Europa, la mayoría de los gobiernos ha financiado planes masivos a corto plazo y, con la inflación incontenible y los efectos nefastos de la guerra de Rusia con Ucrania, han destinado apoyos directos para gasolina, gas, electricidad y alimentos e, incluso, en algunos casos, han impuesto control de precios. A pesar de esas medidas extraordinarias, la desigualdad sigue aumentando.

El Foro Económico Mundial (FEM. *Chief Economists Outlook. El Universal*, 23 de mayo, 2022), explicó que, al contrario de lo que se vio a principios del año, ahora se observa que no habrá una recuperación en 2022, porque siguen los problemas como la alta inflación, presiones geopolíticas, la guerra Ucrania-Rusia, inseguridad alimentaria, altos precios de los energéticos, regreso a los confinamientos en ciudades industriales, depreciación de las monedas, entre otras. La incertidumbre y la guerra contribuyen a que se afecte el comercio mundial, los precios y los estándares de vida.

Para el FEM, la economía global está entrando a una nueva fase de alta volatilidad con menos mecanismos de coordinación global, que agrava los efectos negativos en las economías y personas más vulnerables. Estima que las restricciones de los gobiernos para exportar alimentos por cuestiones de interés nacional, afectará el comercio internacional y, de seguir esa trayectoria, el mundo va a la peor crisis alimentaria en la historia reciente, empeorada por las presiones adicionales debido a los altos precios de los energéticos.

El Fondo Monetario Internacional (FMI. *La Jornada*, 23 de mayo, 2022) reconoció que, debido a la carestía, las protestas sociales han aumentado en el mundo a los niveles más altos desde el inicio de la pandemia. El incremento en manifestaciones de descontento popular se da incluso en países de economías avanzadas, donde no eran usuales. Las exigencias desde las calles se redujeron con la llegada de la pandemia, pero se registraron algunas relacionadas con el

clamor de justicia racial en Estados Unidos y, en otros países, por conflictos interétnicos y movimientos antigubernamentales.

La inflación implica mayores protestas. Aunque, por ahora, el malestar social sigue siendo bajo en relación con los niveles previos a la pandemia, el levantamiento de las restricciones sanitarias y la continua reducción del poder adquisitivo de las mayorías significa que las protestas aún pueden aumentar e imponer costos económicos significativos para el manejo gubernamental de las economías, afirma este organismo internacional.

El aumento de la inflación, impulsado principalmente por los precios de la energía y los problemas de las cadenas de suministro, agravadas por la guerra en Ucrania y los confinamientos en China, también supone un riesgo de estancamiento de la recuperación económica y del empleo si los ingresos de los trabajadores no siguen el mismo ritmo, de acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo (OIT, informe de mayo, 2022).

El gran reto para la economía mundial es evitar que la desaceleración del crecimiento global que se ha presentado durante esta primavera termine en una recesión, comentó Borge Brende, presidente del Foro Económico Mundial (*La Jornada*, 22 de mayo de 2022). Los más vulnerables son los países en desarrollo y algunos países y economías emergentes, aseguró. Llamó a usar la política monetaria con prudencia, a evitar el proteccionismo comercial y las políticas de empobrecimiento del vecino, a continuar cooperando en las cadenas de valor globales y promover la recuperación económica mundial de manera beneficiosa para todos. Argumentó que los desafíos globales necesitan soluciones globales, lo que comprende a China, la segunda economía más grande del mundo.

Es necesario que la economía mundial esté al servicio de los objetivos económicos y sociales nacionales, como la salud pública, la seguridad nacional, el pleno empleo, la prosperidad y la equidad, y no al revés, como ha ocurrido bajo la globalización: el fin es la sociedad doméstica, la integración interna. Algunos sostienen que enfatizar los objetivos económicos y sociales domésticos socavaría la apertura económica. En realidad, la prosperidad compartida hace que las sociedades sean más seguras y más propensas a fomentar la apertura al mundo. Una lección clave de la teoría económica es que el comercio beneficia a un país en su conjunto, pero solo mientras se aborden las preocupaciones distributivas, sostiene el profesor Dani Rodrik (10 de mayo, 2022)

El Foro Económico de Davos inició en 2022 con algo sorprendente. Un grupo de asistentes reunidos en esa ciudad pidieron a los líderes mundiales que aborden la crisis del costo de vida aumentando los impuestos para personas como ellos. Inclusive, salieron a la calle junto a activistas de izquierda para pedir sistemas fiscales más justos en todo el mundo. Ya durante el gobierno del presidente Trump, en Estados Unidos, grandes multimillonarios habían planteado la misma exigencia.

### *7 El desafío de América Latina*

La región del planeta con mayor inequidad es América Latina. Las desigualdades de estatus, riqueza e ingresos implican una marcada desigualdad en los recursos políticos. Una desigualdad estructural en la que una pequeña minoría con recursos superiores desarrolla y mantiene un sistema político a través del cual también puede imponer su dominio sobre el orden social y, por lo tanto, fortalecer las desigualdades iniciales aún más (Fernández. 21 de junio de 2022).

El índice de Gini, que mide los desequilibrios económicos de una sociedad, donde cero es la igualdad perfecta y 1 la desigualdad extrema, calcula que en 2020 el valor para América Latina se situaba en 0,46. No obstante, la desigualdad en Latinoamérica ha venido disminuyendo. En 2002 el índice de Gini estaba en 0,54 de promedio para la región y habría mejorado 8 puntos para el 2020. Poco antes del comienzo de la pandemia, a finales de 2019, las movilizaciones en las calles de Colombia y Chile demandaban sociedades más justas. Tras la pandemia, esas demandas son aún más pertinentes.

La covid-19 afectó con mucha fuerza a Latinoamérica y sus precarios sistemas sanitarios. Del total de víctimas fatales que dejó la pandemia, se han concentrado en la región el 27 % de las muertes del mundo, contando solo con el 8 % de la población. Tres de cada cinco niños en el mundo que perdieron un año escolar debido a la covid-19 viven en América Latina y el Caribe. Todo ello ha creado sociedades aún más injustas y desequilibradas (Fernández. 21 de junio de 2022).

Libertad económica no es igual a menos pobreza. ¿La ausencia de libertad económica y de oportunidades condena a los países a la pobreza? La experiencia demuestra que ello es, al menos, discutible, sostiene Gloria de la Fuente. No es la libertad económica la que trae necesariamente menos pobreza y mayor bienestar; se trata de un sistema cuyas instituciones no sólo estén enfocadas en la generación de condiciones para el crecimiento o el desarrollo económico, sino que los bienes sean distribuidos para que ningún miembro del sistema esté en desventaja. Por ello, desde el punto de vista económico, la idea de que la mayor libertad económica trae disminución de la pobreza tiene un sesgo. Una mayor libertad económica, en ausencia de políticas públicas relevantes, puede no disminuir la pobreza y contribuir a la concentración de la riqueza (De la Fuente. 11 de octubre, 2018).

Crecimiento económico no es igual a mayor democracia. La variable desarrollo y crecimiento económico no ha sido constitutiva del desarrollo democrático para América Latina, a diferencia de la correlación para los países desarrollados. La excepcionalidad de América Latina se basa en que no es posible establecer una relación de influencia entre el nivel de desarrollo y la democracia (Mainwaring y Pérez-Liñán, 2004).

Democracia es hablar de un sistema donde la libertad y la igualdad operan a través de instituciones con altos grados de legitimidad, donde el Estado de Derecho funciona y la transparencia y la probidad se imponen a la corrupción. Una

democracia que funciona puede generar condiciones para la libertad económica, pero la libertad económica que traería mayor desarrollo económico no necesariamente trae mayor democracia (De la Fuente. 11 de octubre, 2018).

Incluso países, como Chile y México, en los que la pobreza ha disminuido, siguen siendo muy desiguales, porque las oportunidades están distribuidas de manera inequitativa. Corresponde al Estado crear no sólo un clima de negocios adecuado, sino un progreso que incluya a todos.

### **Conclusiones**

Los mercados emergentes y los países en desarrollo (EMDC, por sus siglas en inglés) han enfatizado la historia más reciente de nacionalismo de vacunas contra la Covid-19 por parte de Europa y Estados Unidos, que se sostuvo a través de disposiciones sobre Propiedad Industrial, de la Organización Mundial de Comercio, que fueron decididas hace 30 años. Y son los EMDC los que están soportando la carga de precios de alimentos y energía más elevados. Estos desarrollos recientes, combinados con injusticias históricas, han deslegitimado la defensa occidental de la democracia y del régimen de derecho internacional, escribe Joseph E. Stiglitz (*La Jornada*, 2 de junio de 2022).

Cuando Rusia invadió Ucrania, el Kremlin fue condenado casi universalmente y de inmediato. Pero tres meses después, los EMDC adoptaron posturas más matizadas. Muchos apuntan a una hipocresía de Estados Unidos a la hora de exigir responsabilidad por la agresión de Rusia, considerando que el país invadió Irak bajo falsas pretensiones en 2003.

La posición de Estados Unidos al frente de la lucha por la democracia se ha visto minada por el racismo sistémico, el acercamiento del gobierno de Donald Trump a regímenes autoritarios, los intentos del Partido Republicano de anular la votación presidencial de 2021 y desviar la atención de la insurrección del 6 de enero de 2021 en el Capitolio de Estados Unidos.

Hace falta mostrar una mayor solidaridad Estados Unidos y Europa con los EMDC ayudándolos a gestionar los crecientes costos de los alimentos y de la energía, así como en materia de vacunas contra la Covid. Los altos precios de los alimentos y de la energía han aumentado aún más las desigualdades trágicas de la pandemia.

Cuatro décadas de globalización no impulsaron la prosperidad para los países desarrollados y en desarrollo por igual. Pero mientras los gigantes corporativos en el Norte Global se volvieron ricos, los procesos que podrían haber beneficiado a todos generaron mayor desigualdad. El argumento de que enriquecer a los ricos automáticamente favorecería a todos, fue una idea que no estaba respaldada ni por la teoría ni por la evidencia.

Solo el Estado puede promover el desarrollo. Se hace necesaria una reinterpretación de la forma en que se ha entendido la gestión del Estado y de la economía, un nuevo modelo para salir del pasmo producidos por la pandemia y de

las taras del neoliberalismo. Fue una decisión del Estado la que propició el más grande impulso de desarrollo tecnológico en los últimos tres cuartos de siglo. Hay que reconquistar esas capacidades dejando atrás cinco rémoras tan universales como paralizantes: que son las empresas las que crean valor y los gobiernos sólo están para facilitar su trabajo; que el propósito del gobierno radica en corregir los fallos del mercado; que el gobierno tiene que funcionar como una empresa; que las empresas son siempre más eficientes que el Estado y, finalmente, que el gobierno no debe elegir y dirigir el desarrollo de sectores y de empresas. Todo eso es falso. La demostración histórica más rotunda se halla, precisamente, en la conquista estadounidense de la luna: el principal creador de valor e innovación fue el Estado; fue el gobierno el que coordinó a un gran conglomerado de empresas; su ejecución no estuvo presidida por la ganancia ni la utilidad, sino por el propósito nacional; la NASA actuó de manera eficaz y eficiente, y desde el Estado, se eligieron, transparentemente, los sectores y las organizaciones que acompañarían a la misión. Salvar al capitalismo de sí mismo, es una misión de los Estados (Mazzucato. 2021).

Thomas Piketty ha sostenido que el capital sigue sus propias leyes, que no pueden ser contrarrestadas por los gobiernos democráticos. Claus Offe, por su parte, pudo afirmar que «los mercados marcan la agenda política». En ese escenario, el desafío de los gobiernos nacionales es combatir el aumento de precios sin asfixiar la economía, impulsar la creación de empleos, fomentar el aumento de salarios, garantizar la seguridad de las personas y atender a los más desaventajados. Lo mejor de lo que ocurre en el mundo es el cambio del horizonte político, consistente en mirar a las personas, no al ficticio *Homo economicus*.

En un mundo interdependiente y de desventajas globalizadas, los gobiernos latinoamericanos tienen la opción de desarrollar la obra pública y fomentar la inversión privada, al tiempo promover la autosuficiencia alimentaria y energética. La democracia en la pandemia significa, igualmente, impulsar reformas a las prácticas en favor de mayor libertad e igualdad. Finalmente, la democracia puede influir en los resultados económicos para beneficiar a la mayoría de los ciudadanos y contrarrestar el conservadurismo dominante.

## Bibliografía

- Carmen Beatriz Fernández. El colombiano Gustavo Petro incrementa el poder de la izquierda en América Latina. *El Economista*. 21 de junio de 2022
- Claus Offe. 1996. *Partidos políticos y movimientos sociales*. Madrid, Sistema.
- Dani Rodrik. PS, en *El Economista*, 10 de mayo de 2022
- Daron Acemoglu. Entendiendo el nuevo nacionalismo. En *El Economista*. 26 de junio de 2022.
- Gloria de la Fuente. Libertad económica, democracia y Estado. *El Economista*, 11 de octubre, 2018.
- Ian Buruma. ¿Por qué tantos franceses odian a Macron? PS, publicado en *El Economista*, 4 de mayo de 2022
- Joseph E. Stiglitz. Entender bien la desglobalización. *La Jornada*, 2 de junio de 2022.
- Juan Carlos Torre. (1997). El lanzamiento político de las reformas estructurales en América Latina” en *Política y Gobierno*, IV, (2).
- Karl Polanyi. 1989. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. La Piqueta. Madrid.
- Klaus Schwab. Imaginemos la gobernanza 4.0. *Project Syndicate*, en *El Economista*, 17 de enero de 2022.
- Mariana Mazzucato. *Misión economía: una guía para cambiar el capitalismo*. Penguin Random House Grupo Editorial España, 2021.
- Paul Wiseman. Por [AP](#), se publicó en *Sin embargo*, 31 de marzo de 2022.
- Scott Mainwaring y Aníbal Pérez Liñán. 2004. Nivel de desarrollo y democracia: el excepcionalismo latinoamericano (1945-1996). *América Latina Hoy*, abril, número 036, Universidad de Salamanca, Salamanca, España.
- Sheri Berman. ¿Es realmente incompatible el capitalismo con la democracia? *El Economista*, marzo de 2019.
- Torben Iversen y David Soskice. 2019. *Democracy and Prosperity: Reinventing Capitalism Through a Turbulent Century*. Princeton UP, Princeton.